

EVANGELIZACIÓN NUEVA EN UN MUNDO NUEVO

PAULINO SAHELICES, OSA

CÁNTICO DEL EVANGELIZADOR

Que toda la tierra cante un cántico nuevo;
que la nueva casa del Señor se edifique cantando,
pues el mismo cantar es ya edificar.
Que este cántico nuevo sea el amor de Dios
y que este amor resuene en los oídos de los hombres,
pues no es posible amar y callar.
La casa de Dios es toda la tierra y se edifica
con el canto, la lectura de su palabra,
el amor y la predicación del evangelio.
Dios nos dice:
predicad día tras día,
edificad mes tras mes;
que se multipliquen los obreros
y que anuncien mi gloria a todas las naciones.
Los que anuncian su propia gloria
no cantan el cántico nuevo
ni edifican la casa de Dios;
son los que construyen murallas
en lugar de casas,
dividen a los hombres
en lugar de unirlos,
fomentan la hipocresía y la simulación
en lugar de la unidad y el amor.
La casa del Señor se construye
construyéndonos nosotros,
como lo hizo el Señor Jesús,
que lo hizo todo por amor.
Revístete de Cristo,
déjate guiar por el amor de Dios;
podrás entonces cantar el cántico nuevo
y ser obrero en la casa del Señor.

(Comentarios a los Salmos 95)

TESTIGOS Y MAESTROS

Aunque el título de esta colección sea *Cuadernos de espiritualidad*, es necesario recordar el tema de la evangelización. No hay que olvidar que san Agustín, “De 391 a 426, fue un pastor de almas de cuerpo entero, a pesar de la vida conventual que llevaba con su clero, a pesar de la solicitud por las Iglesias de toda África que su metropolitano cargaba sobre él, a pesar de su fama

literaria, en constante crecimiento” VAN DER MEER, F. *San Agustín pastor de almas*, Ed. Herder, Barcelona 1965, p.16).

Sobre la evangelización se ha escrito mucho en los últimos años. Lo publicado abarca propiamente todos los apartados y aplicaciones posibles. Pero, ¿qué decir de la vivencia? Pues que es una de las cosas que más se exigen al evangelizador. Hoy la gente mira más a la conversión y al testimonio; dos de los rasgos más sobresalientes en la vida de Jesús, *el primero y el más grande evangelizador*.

Pablo VI lo recordaba en su exhortación apostólica *El anuncio del evangelio* (EN). Escribe entre otras cosas: “*El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan es porque dan testimonio*” (n. 41). Y en el número siguiente dice que el hombre moderno está “*hastiado de discursos*”.

Es lo que san Agustín había observado en los oyentes de su tiempo. Según él, la lectura del evangelio pide ejecutores más que expositores (*Sermón* 85, 1). Ésta podría ser una de las primeras novedades agustinianas en el tema de la evangelización: la insistencia en la práctica o la coherencia entre mensaje y vida.

El objetivo de este cuaderno es triple: recordar al evangelizador la necesidad de actualizarse, pues una sana espiritualidad supone una sana teología y una sana antropología; invitarle a un sincero examen, ya que sin conocerse a sí mismo y la realidad en que viven aquellos a quienes intenta evangelizar, difícilmente la semilla podrá dar fruto; y animarle en su misión. Como el tiempo actual se caracteriza por el tedio y el desánimo, vamos a dar prioridad a este objetivo señalado en tercer lugar.

I. NECESIDAD DE ANIMARNOS

En nuestro mundo abundan los problemas. Quizá el más profundo, desde la espiritualidad agustiniana, sea el pretender organizar la vida sin contar con Dios. De éste nacerían el racionalismo, materialismo, consumismo y otros más. Juan Pablo II dice que es necesario “*mirar cara a cara este nuestro mundo*” porque en él existen “*problemas y dificultades más graves respecto a aquel que describía el concilio Vaticano II*” (*Los fieles laicos* 3). En concreto, señala la indiferencia religiosa, el secularismo, las violaciones a la persona humana, la conflictividad que, en ocasiones, se traduce en formas de violencia, de terrorismo y de guerra (ib. 3-6). En la carta apostólica *Ante el tercer milenio* completa el cuadro.

Éste es el campo, “*inmenso y apesadumbrado*”, en que el evangelizador trata de cumplir su misión. No es, pues, de extrañar que, en ocasiones, sienta “*cansancio*”, “*desilusión*” y “*desesperanza*”, ya que esos problemas “*afectan profundamente a la Iglesia*”. Sin embargo, no debe desanimarse, porque no está dominada por ellos, ya que “*el Espíritu Santo que es su alma, la sostiene en su misión*”. Por eso, y “*a pesar de todo, la humanidad puede esperar, debe esperar*”. El evangelio vivo y personal, Jesucristo mismo, es la “*noticia*” nueva y portadora de alegría que la Iglesia testifica y anuncia cada día a todos los hombres” (*Los fieles laicos* 7).

“**No tengáis miedo**” es la consigna alentadora que Jesús da a sus discípulos. La repitió Juan Pablo II en su primera homilía como Papa. Y ha

venido siendo un lema de su pontificado. Es una buena consigna para animarnos mutuamente.

Propongo la lectura pausada de Mateo 6, 25-34. Puede sosegar el ánimo del evangelizador más desalentado.

“No estéis agobiados por la vida pensando qué vais a comer, ni por el cuerpo pensando con qué os vais a vestir. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo que el vestido? Mirad a los pájaros: ni siembran, ni siegan, ni almacenan y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellos? ¿Quién de vosotros, a fuerza de agobiarse, podrá añadir una hora al tiempo de su vida?

¿Por qué os agobiáis por el vestido? Fijaos cómo crecen los lirios del campo: ni trabajan ni hilan. Y os digo que ni Salomón, en todo su fasto, estaba vestido como uno de ellos. Pues si a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se quema en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucha más por vosotros, gente de poca fe? No andéis agobiados pensando qué vais a comer, o qué vais a beber, o con qué os vais a vestir. Los paganos se afanan por esas cosas. Ya sabe vuestro Padre del cielo que tenéis necesidad de todo eso.

Sobre todo buscad el Reino de Dios y su justicia; lo demás se os dará por añadidura. Por tanto no os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio. A cada día le bastan sus disgustos” (Mateo 6, 25-34).

Este bello pasaje evangélico puede proporcionar al evangelizador un aire fresco. Por eso, y porque contiene algunas verdades fundamentales, aconsejo que lo leamos con frecuencia. Por ejemplo: el valor y dignidad de la persona humana (de toda, incluyendo también el cuerpo), la fe en Dios que es Padre (su preocupación y amor por sus hijos), la confianza en la divina providencia (en la cual entra el esfuerzo humano), la contemplación y el respeto de la naturaleza (lo mucho que se puede aprender de ella), lo relativo y pasajero de las cosas de este mundo, la búsqueda primordial del Reino de Dios y su justicia, etc.

Además, es importante por las muchas preguntas que nos hace. En espiritualidad es una de las cosas que más necesitamos hoy día. Porque de doctrina, aunque no andemos sobrados, tampoco estamos mal. Pero, ¿de vivencia? Y en la vida espiritual, ¿de qué nos serviría la cultura religiosa si faltara la experiencia religiosa? San Agustín era un maestro en hacerse preguntas; pero también en la búsqueda y en la aplicación a sí mismo de las respuestas. Ésta sería otra de las novedades agustinianas. Si queremos llevar a cabo una verdadera evangelización, tenemos que comenzar haciendo un examen serio y profundo, como lo hace él en sus *Confesiones*.

PARA EL DIÁLOGO

Preguntas tomadas de la exhortación ya citada de Pablo VI (n. 76).

- ¿Creéis verdaderamente en lo que anunciáis?
- ¿Vivís lo que creéis?
- ¿Predicáis verdaderamente lo que vivís?

II. NECESIDAD DE EXAMINARNOS

Dentro de este prólogo agustiniano, me gustaría recordar una parte de la carta apostólica *Ante el tercer milenio* (nn. 31-36). Se trata de algo que hoy día nos cuesta hacer, pero que en la evangelización del mundo actual no se puede pasar por alto. Me refiero al “*examen de conciencia*” en sus tres apartados: el pasado (los acontecimientos dejan huella, como ya observaba san Agustín); el presente (el tiempo que nos ha tocado vivir); y la doctrina del Vaticano II (que es la que debemos enseñar en este nuevo siglo). Enumero algunas preguntas, por si alguno de los que utilizan el material de este cuaderno no las hubiera leído:

.¿Admitimos los “*errores, infidelidades, incoherencias y lentitudes?*” (n. 33)

.¿Reconocemos los “*pecados*” cometidos contra la unidad de la Iglesia? (n. 34)

.¿Nos damos por aludidos cuando se habla de “*métodos de intolerancia e incluso de violencia*” en el servicio a la verdad? (n. 35)

.¿Sentimos las “*debilidades de tantos hijos*” que desfiguran el rostro de la Iglesia, “*impidiéndole reflejar plenamente la imagen de su Señor?*” (n.35)

.¿Qué estamos haciendo ante la “*indiferencia religiosa*” de los muchos que viven “*como si Dios no existiera o se conforman con una religión vaga?*” (n.36)

.“*¿En qué medida los cristianos estamos afectados por la atmósfera de secularización y relativismo ético?*” (n. 36)

.“*La vida espiritual atraviesa en muchos cristianos un momento de incertidumbre que afecta no sólo a la vida moral, sino incluso a la oración y a la misma rectitud teológica de la fe*” (n.36). ¿Estamos nosotros entre esos cristianos?

.¿Nos sentimos corresponsables en alguna de las “*graves formas de injusticia y de marginación social?*” (n.36).

Es necesario que el evangelizador responda a preguntas como éstas, porque la verdadera evangelización no se hace al margen de la historia ni de la realidad. Sin el conocimiento del mundo nuevo en que vivimos, y de las personas a quienes tratamos de anunciar la “*Buena Nueva*”, nuestro trabajo no producirá muchos frutos. Es otro de los aspectos en que insistía san Agustín: la necesidad de conocer la realidad. Lo sabía muy bien porque, en su tiempo, estaba en auge la formación de una nueva sociedad. Por eso, podíamos considerarlo como otra novedad agustiniana.

Tampoco podríamos cumplir bien nuestra misión, si desconociéramos el contenido “actualizado” del mensaje. La exposición más apropiada al mundo

actual es la que nos ofrece el Vaticano II. Pablo VI consideraba dicho concilio como “*el gran catecismo de los tiempos modernos*” (*Catecismo de la Iglesia Católica* 10). Por eso, está más que justificada la segunda parte del examen que Juan Pablo II propone en su carta *Ante el tercer milenio*. Lo resume en cuatro preguntas, que corresponden a las cuatro Constituciones del concilio:

“¿En qué medida la palabra de Dios ha llegado a ser plenamente el alma de la teología y la inspiradora de toda la existencia cristiana como pedía la Constitución sobre la divina revelación?” (n.36)

“¿Se vive la liturgia como “fuente y culmen” de la vida eclesial, según las enseñanzas de la Constitución sobre la sagrada liturgia?” (n.36)

“¿Se consolida, en la Iglesia universal y en las Iglesias particulares, la eclesiología de comunión, de la Constitución sobre la Iglesia, dando espacio a los carismas, los ministerios, las varias formas de participación del pueblo de Dios?” (n.36)

La última pregunta es calificada de “interrogante fundamental”. Se refiere al “*estilo de las relaciones entre la Iglesia y el mundo, según la Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual*” (n.36). En este apartado, el Vaticano II marca “*una época nueva en la vida de la Iglesia*” porque contiene una “*enorme riqueza*”, presentada en un “*tono nuevo, desconocido antes*” (nn. 18, 20 y 21). Según Yves Congar, el concilio Vaticano I empleó la palabra “*evangelio*” sólo una vez; en el Vaticano II, las palabras “*evangelio*”, y “*evangelizar*” suman 188 veces. ¡Y pensar que hay tantos evangelizadores que siguen actuando como si el Vaticano II no hubiera existido!

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Por qué, en la evangelización, es necesario conocer el pasado?
- ¿Cuál es la dificultad más grande que encuentras en la actualidad?
- ¿Qué trascendencia ha tenido en la Iglesia el Vaticano II?

III. LA “NUEVA EVANGELIZACIÓN”

Todo aquel que conozca y que viva de verdad la palabra de Dios, se verá “obligado” a comunicarla a los demás. El mismo vivir es ya anunciar. Sin decir nada, sin pronunciar palabra, podemos ser evangelizadores. ¡Tanta es la fuerza de la vivencia!

Con el fin de facilitar la reflexión, seguimos los siguientes apartados:

1. QUÉ ES EVANGELIZAR

Literalmente significa “*proclamar una buena noticia*”. Y evangelio, la buena noticia que se proclama o comunica. En el Nuevo Testamento no aparece el término “*evangelización*”; sólo el verbo “*evangelizar*” y el sustantivo “*evangelio*”. Estos se encuentran sobre todo en los escritos de san Lucas y de san Pablo.

La evangelización comporta, según Pablo VI, “*una realidad tan rica, compleja y dinámica*”, que no es posible dar una definición exhaustiva. El pensamiento agustiniano camina en esta misma dirección. Definir conceptos religiosos (la fe, el amor, Dios...) generalmente es reducir y limitar. La realidad nos invita a contemplar un horizonte mucho más amplio. Un ejemplo lo tenemos en la palabra “*sacramento*”, cuyo contenido es tan rico en los santos Padres y tan pobre en la Escolástica. Y todavía más pobre en los antiguos catecismos. Por esta razón, y también por falta de espacio, no me detengo en las diferencias que hay entre evangelización, pastoral, misión, catequesis, predicación, etc. Considero que lo mejor es acudir a la fuente principal: la palabra de Dios.

Según el Nuevo Testamento, evangelizar es:

- anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios (Lucas 4, 43)
- dar a conocer a Cristo, “*misterio escondido*” de Dios (Colosenses 1, 26)
- “*hablar de Cristo*” (Lucas 2, 38; Romanos 10, 17)
- predicar a Cristo (Hechos 8, 5); predicar el evangelio de Jesús (ib. 8 35)
- distribuir la palabra de la verdad (2 Timoteo 2, 15)

El vocabulario que utiliza es muy variado: evangelizar, pastorear, proclamar, anunciar, predicar, enseñar, hacer discípulos, ser testigos, etc. Por el contexto, es fácil deducir que no se queda en la “*palabra*”, sino que incluye el testimonio (vivir lo que se anuncia) y la actuación (anunciar lo que se vive).

Según san Agustín, evangelizar es:

- anunciar a Cristo (*Sermón* 99, 11)
- anunciar la salvación (*Sermón* 163, 5)
- comentando el pasaje de la samaritana, dice que evangelizar equivale a anunciar o comunicar lo que Cristo hizo en ella (conversión y testimonio). Y añade: aprendan los que deseen evangelizar (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 15, 30).
- habla de “*traficantes del evangelio*”, porque algunos no dan gratis lo que recibieron gratis (*Comentarios a los Salmos* 103, 3, 13). También que no debemos evangelizar para comer, sino comer para evangelizar; pues si evangelizamos para comer, el alimento valdría más que el evangelio. Hay que evangelizar por amor, no por necesidad (*El Sermón de la montaña* 2, 16, 54). El evangelio no es un libro, sino la “*buena nueva*” (*Sermón* 133, 6).

Pablo VI afirma que “*no hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el Reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios*” (*El anuncio del evangelio* 22). Y la define del modo siguiente: “*La evangelización es un proceso complejo, con elementos variados: renovación de la humanidad, testimonio, anuncio explícito, adhesión del corazón, entrada en la comunidad, acogida de los signos, iniciativas de apostolado*” (ib. 24)..

2. EVANGELIZAR, MISIÓN DE JESÚS Y DE LA IGLESIA

Evangelizar es la palabra que resume toda la actividad pública de Jesús: *“Principio del evangelio de Jesucristo...”* (Marcos 1, 1). Y también el contenido o mensaje de su predicación: *“Cuando arrestaron a Juan, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el evangelio de Dios; decía: se ha cumplido el plazo, el Reino de Dios está cerca, convertíos y creed en el evangelio”* (Marcos 1, 15). *“Debo anunciar también en otras ciudades el evangelio del Reino de Dios, porque para esto he sido enviado”* (Lucas 4, 43).

La Iglesia continúa la obra de Jesús. Por eso, *“evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia”* (*El anuncio del evangelio* 14). Y más adelante: *“La Iglesia nace de la acción evangelizadora de Jesús y de los Doce”* (ib. 15). Fue la misión que el Maestro encomendó a sus discípulos: *“Id y proclamad que el Reino de Dios está cerca”* (Mateo 10, 7; Lucas 10, 9). Y a todos sus seguidores: *“En la misión de la Iglesia... a nadie le es lícito permanecer ocioso... No hay lugar para el ocio: tanto es el trabajo que a todos espera en la viña del Señor”* (*Los fieles laicos* 3).

Este es uno de los ejes principales, si no el principal, de la doctrina pastoral agustiniana: la unión inseparable entre Cristo, la Iglesia y el evangelizador. Las afirmaciones son claras: *“Cristo se predica (“evangeliza”) a sí mismo; ya hable la Cabeza, ya hablen los miembros Cristo es el que habla”* (*Comentarios a los Salmos* 74, 4). Por eso, el evangelizador debe mirar continuamente a Cristo, porque es el Modelo en todo; debe ser el hombre, o la mujer, del amor, como lo fue Cristo. Y la Iglesia debe comenzar por ser evangelizada: *“Evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma... siempre tiene necesidad de ser evangelizada, si quiere conservar su frescor, su impulso y su fuerza para anunciar el evangelio”* (*El anuncio del evangelio* 16).

3. POR QUÉ SE LLAMA “NUEVA”

Las palabras *“evangelio”*, *“evangelización”* y *“evangelizar”* comenzaron a recobrar fuerza en América Latina, a mediados del siglo pasado. Fueron los obispos del “nuevo” continente los que trajeron esa preocupación al concilio Vaticano II y, con más insistencia, al sínodo convocado por Pablo VI y celebrado en el año 1974. El Papa recogió la iniciativa y añadiendo sus reflexiones personales sobre el tema, publicó al año siguiente la exhortación apostólica *El anuncio del evangelio*, uno de los documentos más importantes de los publicados después del Vaticano II. Su lectura es casi imprescindible si se quiere llevar a cabo una auténtica evangelización.

Juan Pablo II recogió el hilo y comenzó a hablar de una *“nueva evangelización”*. Primero, para América Latina, con motivo del Quinto Centenario de la evangelización de América. Luego, para Europa, con motivo de la *nueva Europa* que se está formando. Y finalmente, para toda la Iglesia, en la exhortación apostólica *Los fieles laicos*, publicada en 1988. En este documento el Papa dice que *“la Iglesia advierte y vive la actual urgencia de una nueva evangelización”* (ib. 35).

La “*nueva evangelización*” es tan importante para el Papa que algunos autores han escrito, y con razón, que no es una tarea de la Iglesia, sino la tarea de la Iglesia. Otros, que es “*el primer plan de pastoral orgánica de toda la Iglesia*”. Y otros, que es “*la consigna central del Papa para los próximos años*”. Por eso, hablar hoy de evangelización es hablar de “*nueva evangelización*”. ¿Por qué? Por dos razones principales.

La primera se refiere a la realidad. Juan XXIII, al convocar el concilio Vaticano II, había hablado de “*un orden nuevo que se está gestando*”. El mismo concilio, al describir la sociedad contemporánea (GS 4-10), presenta una nueva situación del hombre y del mundo; según este documento, estamos viviendo una “*nueva etapa*”. Juan Pablo II afirma que aquella realidad ha cambiado en los últimos años. En consecuencia, debemos hablar también de un nuevo modelo de Iglesia, comunidad, parroquia, etc., si queremos no quedar rezagados. El Vaticano II introdujo muchas novedades y habló de renovación a todos los niveles de la Iglesia y de la sociedad. El terreno, pues, estaba preparado. Precisamente, una de las expresiones que mejor resumen el contenido y la dirección a seguir hoy día, es “*nueva evangelización*”.

La segunda está relacionada con el anuncio del mensaje. ¿Por qué se llama “*nueva*” si la evangelización en su contenido no cambia? Las respuestas forman un auténtico abanico. Para unos, es un adjetivo innecesario, ya que toda evangelización, si es auténtica, es de por sí nueva. Para otros, sin embargo, es lo que habría que acentuar, pues haría referencia a otras evangelizaciones, pertenecientes a épocas pasadas.

Aquí, me parece suficiente la explicación de Juan Pablo II, que habla de “*nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión*”. Lo primero se refiere al entusiasmo, lo segundo a la metodología y lo tercero al lenguaje.

4. QUÉ ES LA “NUEVA EVANGELIZACIÓN”

Son muchos los documentos de Juan Pablo II en los que hace alusión a la nueva evangelización. Una prueba de su importancia.

- “*Una grande, comprometedor y magnífica empresa ha sido confiada a la Iglesia: la de una nueva evangelización, de la que el mundo actual tiene una gran necesidad*” (Los fieles laicos 64). “*Esta nueva evangelización... está destinada a la formación de comunidades eclesiales maduras*” (ib. 34)

- “*El momento que estamos viviendo es más bien el de un formidable desafío a la nueva evangelización*” (El esplendor de la verdad 106). “*La evangelización –y por tanto la “nueva evangelización”– comporta también el anuncio y la propuesta moral*” (ib. 107)

- “*La evangelización es un acto profundamente eclesial, que exige la cooperación de todos los operarios del evangelio, cada uno según su propio carisma y ministerio*”. (El evangelio de la vida 78). “*Jesús es el único evangelio: no tenemos otra cosa que decir y testimoniar*” (ib. 80)

- “*La nueva evangelización, como la de siempre, será eficaz si sabe proclamar desde los tejados lo que ha vivido en la intimidad con el Señor*” (La vida consagrada 81).

- “*He repetido muchas veces en estos años la “llamada” a la nueva evangelización. La reitero ahora sobre todo para indicar que hace falta reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés*” (El nuevo milenio 40).

De estos textos seleccionados se pueden sacar muchas conclusiones. La primera, que la “*nueva evangelización*” es ante todo un “*espíritu*” y un “*idea*”. Sin el espíritu todo lo demás se quedaría en normas o en piezas; como un buen coche o un buen motor, pero sin gasolina, sin fuerza. Naturalmente, tampoco se puede olvidar que un “*espíritu*” necesita un “*cuerpo*”. En la evangelización no se trabaja solamente con “*ideales*”, sino también con proyectos. Pero el espíritu es lo que nos impulsa, nos anima y hasta nos obliga a hacer proyectos. La necesidad de programar es uno de los apartados sobresalientes de la carta apostólica *El nuevo milenio* (nn. 29 y 42). También nos impulsa a revisar las estructuras y actuaciones, a adquirir nuevas actitudes y a vivir en una situación de continua conversión.

En concreto, la “*nueva evangelización*” nos invita:

- a mirar al evangelio
- a leerlo y meditarlo más
- a entenderlo como “*Buena Noticia*”
- a descubrir en él a Jesús, que viene a anunciar el Reino de Dios
- que el centro del Reino es tener a Dios como Padre y vivir todos como hermanos
- que el Reino se encarna en Jesús, una persona más que una doctrina
- que lo central en la vida de Jesús, es, como escribe san Pablo, su pasión, muerte y resurrección: “*Esto es lo que predicamos*” (1 Corintios 15, 11). Jesús ha resucitado; nosotros resucitaremos también. ¿Hay noticia mejor que podamos anunciar? Jesús es el centro, el foco de luz que ilumina la vida del evangelizador. Por eso, mirar al evangelio significa también, mirar al hombre. En el evangelio no sólo encontramos a Jesús, sino también a nosotros mismos.

Descubrimos:

- cómo somos y cómo debemos ser
- la dignidad de la persona humana
- la igualdad y respeto a los demás
- el amor como norma principal de la vida, etc.

Y mirar al evangelio y al hombre, significa también mirar al mundo:

- conocer la realidad es necesario para asimilar la palabra de Dios
- conocer las ciencias humanas como ayuda (psicología, sociología...)
- conocer unos mínimos de pedagogía y metodología. Hoy, no es aconsejable hacer el trabajo “a la buena de Dios”. Tampoco creer en fórmulas mágicas.
- cuidar el lenguaje. En la Biblia abundan los signos, símbolos, comparaciones, y sobre todo la vida. Hay que explicarlas, “actualizarlas”.

5. JESÚS, EL MODELO

El que desee saber lo que es evangelización, sólo tiene que leer el capítulo 10 del evangelio de san Juan. Y el que quiera saber cómo evangelizar, que lea los pasajes de Nicodemo, la Samaritana, los dos de Emaús, las parábolas del hijo pródigo y del buen samaritano. Son verdaderos modelos de evangelización, predicación, catequesis, etc., en todos los sentidos: anuncio del mensaje, lenguaje, pedagogía, etc. Pero en el evangelio descubrimos también a Jesús evangelizando no sólo con la palabra, predicando. Lo hacía también con:

- sus *gestos* (haciendo signos en el suelo)
- su *silencio* (ante Herodes y Pilato)
- su *mirada* (el “sermón” a Pedro)
- sus *lágrimas* (ante la tumba de Lázaro)
- sus *acciones* (lavando los pies a los apóstoles, abrazando a los niños)
- su *descanso* (venid a un lugar tranquilo a descansar)

Y una observación importante: Jesús no es solamente el modelo. Es también el agente principal (la escena de la pesca milagrosa). Uno de los peligros más grandes y de consecuencias graves es que al hablar de pastoral (de las ovejas) nos olvidemos del Pastor. Sin él, como insiste san Agustín, no podemos hacer nada.

6. LA INCULTURACIÓN Y LOS LAICOS

Estos dos temas merecen un trato especial. Son dos de los apartados en que más se detienen los estudiosos al hablar de la “*nueva evangelización*”.

La *cultura* abarca toda la vida de cada persona y de cada pueblo. La “*nueva evangelización*” trata de llegar a ella, a sus valores más profundos y, si fuera necesario, renovarlos. Lo decía ya san Agustín: “el evangelio trata de penetrar hasta el fondo del alma y busca el quicio del corazón” (*Sermón 301A, 1*). Y Pablo VI escribe: “*El evangelio y, por consiguiente, la evangelización no se identifican ciertamente con la cultura y son independientes con respecto a todas las culturas. Sin embargo, el Reino que anuncia el evangelio es vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura, y la construcción del Reino no puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas. Independientes con respecto a las culturas, evangelio y evangelización no son necesariamente incompatibles con ellas, sino capaces de impregnarlas a todas sin someterse a ninguna. La ruptura entre evangelio y cultura es, sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo*” (*El anuncio del evangelio 20*).

La evangelización, pues, implica un diálogo entre fe y cultura. El problema está en averiguar hasta dónde llega una y otra. El modelo de toda inculturación es la Encarnación, pero en la práctica no es fácil saber dónde se encuentran los límites (Ver *La vida consagrada 79, 80 y 89; Los fieles laicos 44*).

Dentro de este tema hay otros que el evangelizador no debe olvidar: la evangelización en la ciudad, la influencia de la política, la sociedad de la imagen en que vivimos, etc.

El apartado de los *laicos* es uno de los más importantes de la “*nueva evangelización*”. Habría que comenzar por admitir que la Iglesia se había clericalizado demasiado. El clero y los religiosos habíamos “acaparado”

muchas de sus funciones. Esto se debía a una mentalidad que comenzó a formarse hace muchos siglos y que llegó a un modelo piramidal de Iglesia.

El mirar al evangelio y a los cristianos de los primeros siglos nos ha dado como resultado el Vaticano II, con un modelo nuevo de Iglesia que parte del bautismo, el cual nos hace a todos iguales, aunque con distintos servicios y funciones. Los pastores tienen la misión de *“unir, construir e incrementar el pueblo de Dios con el poder de enseñar, santificar y pastorear”*. Los religiosos *“contribuyen a la misión salvífica de la Iglesia siendo testigos del Absoluto... y preanuncio de la vida futura”*. Y los laicos *“edifican la Iglesia desde su carácter secular...son levadura que transforma el mundo desde dentro del mundo, son sal y luz allí donde sólo ellos pueden serlo”*.

La participación de los laicos ha aumentado considerablemente, pero todavía *“hacen falta evangelizadores”* (Los fieles laicos 35). Difícilmente la *“nueva evangelización”* se podrá llevar a cabo sin ellos; especialmente sin la mujer (La vida consagrada 57). Ellas deben ocupar un puesto especial, como lo hicieron al principio. San Agustín hace la observación de que ellas evangelizaron a los discípulos, *“anunciaron a los mismos anunciadores quién era Jesús”* (Sermón 236A, 4).

La Iglesia es comunión y participación. Y lo que se nos pide a todos es trabajar unidos. El modelo que se suele proponer (también el Vaticano II) es el de san Agustín: *“con vosotros soy cristiano, para vosotros obispo”* (Sermón 340, 1).

- *con vosotros soy cristiano*: todos participamos en la construcción de la Iglesia; todos somos *“fieles”*, discípulos, hermanos, testigos.

- *para vosotros soy obispo*: preocupación por los demás, servicio a los demás. La finalidad de los ministerios es servir.

- aplicaciones: dignidad de las personas, respetar a todos, necesidad de escuchar, compartir, admitir las limitaciones, la autoridad es servicio, importancia del testimonio, etc.

Es el mismo significado de la palabra *“condiscípulos”*, que tanto le gustaba repetir al obispo de Hipona: somos condiscípulos, es decir, todos estamos en la misma escuela, con un solo maestro: Cristo. Lo resume en una frase lapidaria y dinámica: *“todos unidos, alrededor de Cristo, caminando hacia el Padre”* (Comentarios a los Salmos 147, 28). Es una sencilla definición de Iglesia, parroquia, comunidad y movimientos cristianos.

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Hasta qué punto los cristianos somos responsables de la descristianización actual?
- ¿Estamos preparados para llevar a cabo la *“nueva evangelización”*?
- ¿Nos creemos suficientemente evangelizados para evangelizar?
- ¿Estamos fomentando la cooperación de los laicos por la escasez de sacerdotes y religiosos o porque tienen derecho a participar?

IV. RASGOS AGUSTINIANOS

Casi todos los rasgos agustinianos que he mencionado se encuentran en los documentos de la Iglesia que he citado. Y se encuentran como apoyo o

testimonio de las afirmaciones que los acompañan. Lo cual indica su importancia y actualidad.

Aquí, voy a tratar de presentarlos juntos y en breve resumen. Con ello no pretendo afirmar que san Agustín introdujera algún rasgo nuevo que no descubriera en el evangelio. Tampoco, que en la actualidad no se estén viviendo o poniendo en práctica. Simplemente, quiero decir que éstos serían los rasgos más sobresalientes de una evangelización estilo agustiniano.

En pastoral, la experiencia de san Agustín puede ayudarnos mucho porque él fue ante todo un evangelizador, un pastor, un guía, un servidor. También porque, aunque en su tiempo no existiera la expresión “nueva evangelización”, él trató de hacer una con la finalidad de renovar la sociedad en que vivió, una sociedad con más problemas y dificultades que la nuestra.

Siguiendo la línea de la vivencia más que la exposición de la doctrina, voy a fijarme en dos apartados. Uno, mirando a la persona de Agustín, y otro a su actuación como evangelizador o pastor.

RASGOS DE SU PERSONALIDAD

Con frecuencia, hoy día, los libros y proyectos de pastoral se reducen casi exclusivamente a fijar objetivos y dictar normas, como si por “saber mucho” o “hacer mucho”, cumpliéramos mejor el “oficio de la caridad”, la obligación de evangelizar. La dificultad más grande está en las personas, no en las normas, y menos en la doctrina. Por eso, está más que justificado el hablar de actitudes personales, experiencia de Dios, interioridad, vivencia, testimonio, etc., porque es lo nuclear en la evangelización.

De una lectura de los *Soliloquios*, sus primeros escritos, y de las *Confesiones*, su autobiografía, descubrimos en Agustín una serie de cualidades y actitudes, envidiables en cualquier evangelizador. Por ejemplo:

- una gran sensibilidad (ante la forma de ser y de actuar de los demás)
- una gran capacidad para el diálogo y la convivencia
- una gran inquietud por superarse
- un deseo insaciable en la búsqueda de la verdad
- una gran habilidad para hacer amigos
- un carácter alegre y optimista
- una gran paciencia (virtud tan necesaria en el evangelizador), etc.

Y leyendo sus sermones, uno también descubre que Agustín era un hombre sencillo, que actuaba siempre con todo su corazón y que nunca se daba a medias. Su forma de ser y de actuar debía impresionar mucho a la gente. ¡El poder de la imagen y de las formas! Por eso el público le aplaudía y le quería con delirio, a pesar de que en ocasiones, no oían bien lo que decía (tenía una voz débil) y otras no le entendían.

Habría que destacar la invitación muchas veces repetida a “*volver al interior*”, “*no salir fuera*”, “*conocerse a sí mismo*”, etc. Son llamadas continuas a la interioridad, pues se daba cuenta de que las acciones sin la “*atención al interior*” se quedaban en puras actuaciones externas. Además, el conocimiento de nosotros mismos nos ayuda a conocer a los demás, a comprender mejor sus necesidades y aspiraciones, y también el mensaje que anunciamos. En

este sentido, Agustín no olvidó nunca lo que había sido, ni lo que era cuando hablaba o actuaba.

Otra invitación que repite continuamente es con relación al testimonio. Agustín no quería cristianos sólo de nombre. Por eso, comienza por vivir lo que predica o escribe después. Tampoco habla de memoria. Sus escritos están llenos de vida y de alusiones personales. Los hechos –escribe– hablan más que las palabras. Y de Dios, dice: “Doctor que enseña con los hechos más que con las palabras” (*Sermón* 99, 11). Y de Cristo: “de poco hubiera servido lo que mandó de palabra si él no hubiera cumplido primero con la obra” (*Confesiones* 10, 4, 6). Y en otro lugar: “El caminar en Cristo, debemos de aprenderlo, no tanto por sus palabras, como por su ejemplo” (*Sermón* 157, 2).

Rasgos de su acción evangelizadora

Todos los escritos de san Agustín son fruto de su labor evangelizadora. Pero, en lo que se refiere a la doctrina, a los rasgos de su acción, hay algunos que son una verdadera mina. Los enumero como ayuda para los que deseen profundizar en el tema:

La Catequesis a principiantes. Este libro es una auténtica joya. Tiene como objetivo: integrar el evangelio en la vida. Como centro del mensaje: Cristo. Y centro de la catequesis: el catequizando. Como columnas sobre las que debe apoyarse la catequesis (la evangelización): el amor, la alegría, la esperanza, la claridad y el testimonio. Método: historia de la salvación. Cualidades del catequista: la vivencia y la preparación.

La doctrina cristiana. El libro IV que trata de la predicación, es un verdadero tratado de oratoria. En él establece los tres fines del predicador: “enseñar para que el oyente entienda, deleitar para que atienda, y sobre todo, estimular para que practique”. Todo va dirigido a la vivencia.

Cartas 54 y 55. Sobre la liturgia y el culto.

Sermones 46, 47, 137, 138, 296, 340A y 45-48 de los *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*. En estos sermones se encuentra doctrina abundante sobre Cristo: pastor y oveja, amor a las ovejas, escuela de Cristo, presencia en los que envía, maestro de humildad y de paciencia, etc.

- La Iglesia: la “*Amada*”, la “*Esposa*” de Cristo, que “*arde de amor por él*”; unión entre Cristo y la Iglesia, amar a la Iglesia, María y la Iglesia, etc.

- Pastoral (evangelización): testimonio, obrar con alegría, actuar más que hablar, administrar bien la palabra y los sacramentos, etc.

- Pastores: unión con Cristo y con la Iglesia; deber de anunciar el evangelio, orar por los fieles, corregirlos, buscar a Dios por Dios, conocer las ovejas, caminar delante de ellas (dar buen ejemplo), etc.

- Predicación: que el contenido sea el evangelio; preparación, perseverancia, etc.

- Los fieles: “*somos Iglesia*”, las ovejas no son de Pedro, sino de Cristo; unión, participación, etc.

- Medios: oración, diálogo, buscar juntos, lenguaje sencillo, utilizar ejemplos, etc.

PARA EL DIÁLOGO

•La Iglesia, hoy, cuenta con más agentes y medios de evangelización que nunca antes. ¿En qué estamos fallando? ¿Hay suficiente coordinación? ¿Faltan proyectos viables? ¿Ponemos el esfuerzo necesario? ¿Vivimos de verdad lo que anunciamos?

Como conclusión, he seleccionado una serie de elementos que podíamos considerar como el

DECÁLOGO DEL EVANGELIZADOR AGUSTINIANO

1. Alimentarse de la palabra de Dios. La Biblia debe ser la fuente principal; el libro del evangelizador. En ella encontrará abundantes modelos tanto de personas como de exposiciones del mensaje. La metodología a seguir: la historia de la salvación, etc.

2. Conocer la realidad. En primer lugar, al sujeto de la evangelización. Este conocimiento incluye las necesidades, aspiraciones, medios, etc. Para ello, el evangelizador necesita escuchar, dialogar, admitir la colaboración de los demás, etc.

3. Planificar las actuaciones. Proyectos hay muchos. Pero es conveniente que cada comunidad o grupo haga el suyo. Fijar unos objetivos, disponer de unos agentes, contar con unos medios, etc.

4. Evangelizar desde la comunidad. El centro de la fe es Dios-Trinidad. La fe cristiana se vive en comunidad. Nadie debe ir por libre.

5. Formar comunidades. Es uno de los objetivos principales. Las comunidades o grupos de Casiciaco y Tagaste pueden servir de ejemplo. En ellas sobresalen el diálogo, la participación, respeto, oración, trabajo, animación, etc.

6. Participar todos. Cada uno en su puesto; como lo hacen los componentes de un coro o una orquesta. Fomentar la participación y formación de los laicos.

7. Actuar por amor y con amor. Como decía el mismo san Agustín: predicar siempre el amor de Dios y practicar siempre el amor al prójimo. Unir predicación y testimonio. Acentuar la motivación más que la argumentación, etc.

8. Dar preferencia a los más necesitados. El centro es el evangelizando. Hay que respetar a todos. Y no rechazar a nadie.

9. Acentuar lo profético y lo escatológico. Lo primero quiere decir tratar de descubrir la voluntad de Dios, la vocación personal, el camino a seguir. Y acentuar lo escatológico, mirar hacia el futuro. La vida es algo más de lo que pueden ver nuestros ojos.

10. Reconocer las limitaciones y los errores. No sabemos responder a todas las preguntas ni podemos solucionar todos los problemas. Como seres humanos, cometemos errores. Pero al creyente, lejos de desanimarle, le invitan a intensificar la búsqueda, a consolidar la humildad y a pedir ayuda a Dios.